

José *Revueltas:* JUAN DE LA CABADA

El fabuloso Juan de la Cabada es él mismo la fábula andante y andariega, la fábula fabuladora de todas las confabulaciones imaginables, aun hasta si se acude a las cinco formas de acepción, a ninguna de las cuales Juan escapa, dentro de las que el diccionario define la palabra, o más bien dicho, define al propio De la Cabada. Una, *rumor, hablilla*; otra, *relación falsa, mentirosa, de pura invención, destituida de todo fundamento*. La tercera, *ficción artificiosa con que se encubre o disimula una verdad*; la que le sigue, *suceso o acción ficticia que se narra para deleitar*. Por último, la que convierte los *Incidentes melódicos del mundo irracional*, el bello poema de Juan de la Cabada, en insospechado y alegre Miembro de Número de la Academia, o a ésta en miembro de número de Juan de la Cabada: *composición literaria, generalmente en verso, en que por medio de una ficción alegórica y la representación de personas humanas y de personificaciones de seres irracionales, inanimados o abstractos, se da una enseñanza útil o moral*.

De la Cabada afirma hallarse en ese sitio rarificado de la atmósfera donde se colocan los escritos *ex-temporáneos*, es decir, los que se empeñan de un modo conciente por no dejar nunca de ser extemporáneos. Son muy pocos los que están en esa atmósfera. En realidad, dice Juan, los únicos somos él y yo. Tiene razón. Haya ese escritor incómodo. El escritor que se siente incómodo en todo lugar e incomoda a todos en todos los lugares. Juan ha hecho, pues, esta teoría de lo extemporáneo, casi en

serio, elevándola a nivel axiológico: el ser de los escritores y luego el de él mismo; cómo se dan los escritores en su ser, y luego cómo se da Juan de la Cabada. Están los escritores en su puesto, entonces, como contemporaneidad, y en la otra parte el *escribir* extemporáneo; el *escribir*, no el escritor: una grave distinción, aunque sonriente con la risa de Juan de la Cabada. La contemporaneidad vista como presencia cotidiana, un estar siempre a punto de todas las cosas sin que falte alguna, no permitirse caer en el olvido un solo día, reeditarse cada año eternamente. ¿Frente a esto, así, qué resulta el ser extemporáneo de un escritor? ¿Juan de la Cabada se sitúa fuera de su tiempo, al margen? No; simplemente que su tiempo no es la contemporaneidad.

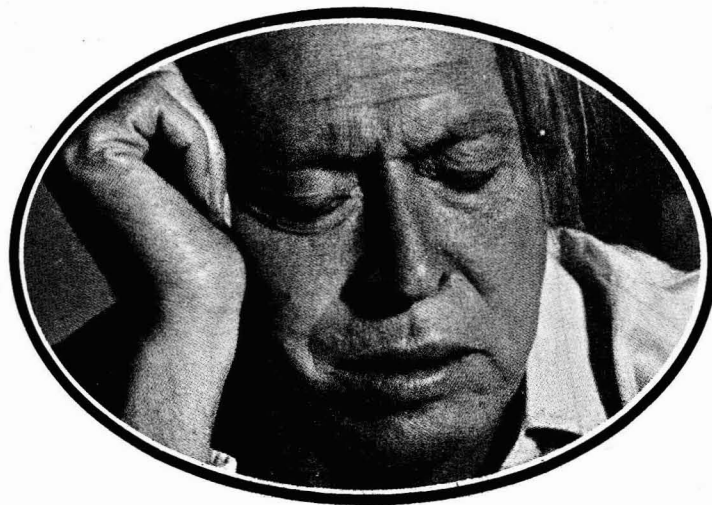
En rigor no pertenece a ningún tiempo, porque lo pierde, pierde todo el tiempo. De aquí que su ser extemporáneo, más bien que el estar fuera de su tiempo, sea el estar fuera de los tiempos. Pero véase esto, mucho mejor, en el sentido con que la Biblia lo dice: hay tiempo de labrar y hay tiempo de sembrar, hay tiempo de cosechar y hay tiempo de amar. No; para Juan esto no cuenta, él está siempre en el *otro* sitio y precisamente en el que no lo requiera para nada. A fuerza de no emplearlo, carece de tiempo, carece de momentos, está fuera de momento en cualquier caso. "Ahora ha llegado el momento de...", sería una fórmula que lo horrorizara. ¿El momento de qué? Juan de la Cabada canta cuando debiera escribir, danza cuando debiera estarse quieto y callada la boca, se entrega a la empresa de editar una revista imponente, cuando debiera entregarse a la imponente tarea de editar su propia obra, y luego... escribe, escribe, escribe, cuando debiera ocuparse de alguna otra cosa más seria para ganarse la vida.

En esto consiste la extemporaneidad de Juan de la Cabada, la de ser un verdadero escritor. Todo lo demás no es sino la lucha que, libra cada día, con todas las fuerzas de su alma, contra las trampas que la contemporaneidad le tiende para convertirlo en un no-escritor. Aunque no dejara de escribir.

Haría también un cine maravilloso. Tiene la mirada, sabe ver. Las historias de cine que inventa cuando cuenta, son ya desde el primer instante, una película oral. Imaginativas, chispeantes, relampagueantes, vivas, se desarrollan ante los ojos de quienes escuchan como una estructura cinematográfica maciza, bien organizada y construida, llena de ingenio y situaciones descubiertos con toda exactitud. Por supuesto, odia al cine, como es lo honrado odiar a este cine comercial y estúpido.

Cuando Juan escribe una película, es capaz de hacer cualquier cosa, la más inverosímil, con tal de sustraerse a esa "colaboración" insistente, tozuda, impaciente, ansiosa, de los productores,





que querían seguir paso a paso y hora con hora el desarrollo de la película, para sugerir ideas, añadir detalles o proponer “cambios que enriquezcan” el trabajo del escritor. No existe nada más torturante que esta sádica presencia de los productores en el proceso del desarrollo de una película, en la fase que corresponde al escritor de cine, esto es, al escritor a quien compete organizar los materiales, siempre más o menos dispersos, y en todo caso de una repelente y ofensiva tosquedad, del “argumento”, o peor aún, de lo que se llama una “idea de producción” que no representa nada en absoluto, y que el escritor ha de construir, estructurar, a partir de cero, hasta que su trabajo no concluya bajo la forma de un “libreto de filmación”. Bueno, lo de los “cambios” no es otra cosa sino el refinamiento, llevado a la perfección, de una tortura ya más allá del sadismo. Un “cambio” de apariencia insignificante, y casi siempre innecesario, injusto y tonto, representa muchas veces el derrumbre vertical y catastrófico de toda una construcción dramática lograda, y a la que se le habían consagrado semanas y meses enteros de un trabajo paciente, atento, y agotador, que ahora habrá que reiniciar desde sus comienzos a causa de un capricho terco y cretino. Hay qué ver, hay qué imaginar a Juan de la Cabada dentro del contexto de esta pesadilla alucinante.

En alguna ocasión los productores llegaron al extremo de disfrazar sus bajos instintos patológicos, tras de las más hipócritas formas de la bondad, del cariño y del respeto que se deben a un gran escritor, a fin de que Juan cayera en la trampa del modo más inocente e inadvertido posible. Lo instalaron en un confortable compartimiento de lujo, pusieron a su disposición automóvil y chofer, a más de entregarle una muy decorosa cantidad en efectivo, a título de anticipo por sus honorarios. Después de esto desaparecieron discretamente no sin antes haberle dado a Juan toda suerte de garantías y seguridades.

Las primeras semanas Juan se ocupó en recorrer la ciudad para visitar a los amigos a quienes no había visto en mucho tiempo, los que recibieron con enorme agrado tal gentileza. No faltaron tampoco las excursiones campestres y las cenas en los restaurantes más acreditados, así como las alegres reuniones en el departamento de lujo. Pero poco a poco se acercaba el momento inexorable en que Juan debía caer bajo el peso de la enajenante y enajenada compulsión de los productores, quienes, con mayor ansiedad cada vez, insinuaban con cierta cautela no exenta de moderada inquietud, sus deseos de ver, oír, palpar y gustar, la parte del trabajo que ya Juan tendría escrita a la sazón.

Juan comenzó entonces a tomar las medidas pertinentes. Se hizo traer a su departamento una máquina eléctrica de escribir, que funcionaba automáticamente y se ponía a teclear por sí misma sin intervención alguna de nadie. Esto fue lo primero. Al sonar el teléfono Juan descolgaba y ponía el auricular encima de la mesa de trabajo, en la forma más adecuada para que el aparato captara con toda nitidez el ruido del tecleo. Al otro extremo de la línea, el sórdido espía de los productores, asentía con una triste rabia frustrada y colgaba el teléfono para ir a dar su informe: iba bien el trabajo de Juan. Entretanto éste, en un ángulo de la mesa, inclinado en medio de un fantástico desorden de papeles, escribía a mano, como es su costumbre, sin cansarse de llenar cuartillas. Pero aquello, por fortuna, no eran escenas ni secuencias de la película, sino las páginas prodigiosas de sus cuentos. Vino después la tarea de burlar al chofer para que no lo condujese a la oficina de los productores.

El dejarlo plantado a la puerta de algún edificio con salida a dos calles distintas; el escapársele del coche cuando éste estaba detenido ante el rojo de un semáforo. En fin, que de medida en medida destinadas a salvaguardar su integridad literaria, Juan de la Cabada se vio forzado a vivir la misma vida clandestina de sus antiguos tiempos de conspirador revolucionario, con toda la cauda de sus estrujantes incidencias, uso de nombres falsos, cambios de casa para dormir cada noche en una diferente, fingimiento, mediante complicadas gesticulaciones, de que tenía otro rostro, cuando se topaba en la calle con algún viejo amigo. Este vivir en la clandestinidad de Juan de la Cabada, se prolongó durante varios meses, hasta que los productores recindieron el contrato, humillados y vencidos, con lo que Juan, así, recobró su libertad.

Ésta, sin duda, es una maligna historia, inventada de principio a fin. Me inclino a sospechar tal cosa, porque fueron los mismos productores quienes me la contaron. Y ya se sabe de todo lo que es capaz esa gente.

